

feridos no hayan sido necesariamente rápidos, bruscos y radicales. Por lo mismo, sería entonces más apropiada la expresión "evolución industrial", pese a la importancia de los cambios registrados. Análogamente, el término se lo utiliza ocasionalmente como sinónimo de "industrialización" (véase).

Véase: FABRICA, INNOVACION, INDUSTRIALIZACION, REVOLUCION.

José A. Garmendia

Revolución mexicana

No existe pleno acuerdo sobre el período que abarca este fenómeno histórico. La mayoría de los estudiosos del tema ubican el inicio de la Revolución mexicana en el 20 de noviembre de 1910, fecha que el primer líder del movimiento —Francisco I. Madero— señaló para que sus partidarios en toda la República tomaran las armas contra el gobierno del presidente Porfirio Díaz. Generalmente se acepta que el movimiento concluyó el 1 de diciembre de 1940, cuando el presidente Lázaro Cárdenas terminó su período de gobierno, tras haber introducido las reformas políticas y sociales que constituyeron la bandera del movimiento y que acabaron con la herencia del antiguo régimen. Otras escuelas de históricas insisten en que el movimiento revolucionario concluyó en 1917, al promulgarse la actual constitución, o que aún no ha concluido, pero comprenden a una minoría de los autores que han abordado el tema.

1. El antiguo régimen: Para comprender mejor el carácter de lo que se ha dado en llamar la primera revolución del siglo XX, es indispensable analizar algunas de las características centrales del antiguo régimen. México logró su independencia de España en 1821, tras una década de guerra civil y sin contar con una élite política preparada y unida. A partir de esa fecha y por medio siglo se enfrentarían constantemente dos facciones, los liberales y los conservadores; los primeros dirigidos generalmente por miembros de los pequeños sectores medios, muchos de ellos profesionales de carrera, y los segundos por algunos elementos del grupo criollo acomodado y respaldado por la Iglesia. Los liberales tenían

un proyecto nacional modelado a imagen de los Estados Unidos y las naciones más avanzadas de Europa, los conservadores en tanto, deseaban la preservación de las formas políticas y económicas imperantes durante la Colonia y por ello veían en la monarquía el mejor sistema de gobierno. A esta lucha, que asumió las características de una guerra civil, se debe añadir la guerra con los Estados Unidos, en virtud de la cual México perdió la mitad de su territorio, así como la invasión francesa que, apoyándose en el partido conservador, intentó crear una monarquía en México ligada a Francia y comprometida con la lucha contra la expansión de la influencia norteamericana en América Latina.

Al iniciarse la década de 1870, las fronteras definitivas de México con Estados Unidos habían quedado establecidas, los franceses habían salido del país, la Iglesia había perdido su influencia política y gran parte de sus propiedades y, finalmente, el partido conservador estaba destruido militar y políticamente. Hubo que superar aún ciertas divisiones entre el grupo triunfador, antes de que llegara la paz definitiva, pero al asumir la presidencia en 1876 —tras un levantamiento militar— el general Porfirio Díaz, México estaba a punto de entrar en un período de notable estabilidad política; en realidad el primero desde que inició su vida independiente. Con excepción de los cuatro años comprendidos entre 1880 y 1884, cuando dejó el poder a un colaborador suyo, el general Díaz ocupó la presidencia hasta 1911, cuando renunció a la misma presionado por los primeros triunfos militares del movimiento revolucionario.

En las tres y media décadas en que la figura del general Díaz dominó el panorama político, México experimentó transformaciones notables, particularmente en su sistema económico. La gran hacienda, la unidad productora básica de la economía mexicana desde la época colonial prosperó, en buena medida debido a que se expandió incorporando terrenos que anteriormente eran propiedad de la Nación o de las comunidades indígenas, a quienes la legislación liberal de mediados del siglo XIX dejó sin protección. Al concluir el régimen porfirista el 70 por 100 de la población mexicana económicamente activa se encontraba ocupada en tareas agropecuarias, pero alrededor del 90 por 100 de los jefes de familia rurales no tenían ninguna propiedad; en el otro extremo se encontraba el 1 por 100 que poseía más del 95 por 100 de

la tierra cultivable. Pero estos cambios en las zonas rurales no fueron los más espectaculares. En las dos últimas décadas del siglo XIX México abrió sus puertas al capital extranjero para desarrollar una industria que hasta ese momento no existía o se encontraba paralizada; para el general Díaz y su grupo era indispensable que México desarrollara una infraestructura industrial si quería incorporarse al selecto grupo de naciones "modernas" y evitar así ser nuevamente objeto de las ambiciones expansionistas de las grandes potencias. En cierta medida esta política de Díaz tuvo más éxito del que era posible suponer en un principio. El capital externo llegó básicamente de los Estados Unidos, y tendió una impresionante red ferroviaria: en 1876 había apenas 638,3 km. construidos, pero para 1910 eran ya 19,280 km. Por primera vez en toda su historia México contó con una red de comunicación adecuada, surgiendo un mercado realmente nacional. La minería se desarrolló con el ferrocarril, y de ser una actividad casi moribunda pasó a ser una industria próspera cuya inversión estaba valorada en más de 400 millones de dólares y distribuida en más de 150 centros de extracción y beneficio de metales; surgió también la industria eléctrica y petrolera más un sistema bancario; la producción manufacturera también se expandió. Todas estas actividades, excepto la última, estuvieron completamente dominadas por el capital extranjero: su participación fue de más del 90 por 100. La inversión externa en 1911 ha sido calculada en alrededor de 1.700 millones de dólares de los cuales, 650 eran norteamericanos, 500 británicos y 450 franceses. Este es un cálculo conservador; otras fuentes hacen subir más todas las cifras.

El relativamente buen éxito del grupo liberal en el campo económico contrasta con el resultado político. Díaz se reeligió ininterrumpidamente a partir de su segunda presidencia (1884-1888), eliminó a la oposición organizada en todos sus niveles, controló abiertamente a la prensa y fortaleció sus lazos con el ejército, el grupo terrateniente así como los inversionistas extranjeros. Apparentemente no fue posible lograr un desarrollo económico acelerado y mantener a la vez el juego democrático: ante la disyuntiva, Díaz se decidió por la construcción de un sistema político autoritario que diera al país la tranquilidad social demandada por los grupos empresariales que introducirían a México en la modernidad. El éxito de la estrategia de Díaz es innegable en todo, excepto en

un punto: su incapacidad para institucionalizar el proceso político, en particular para cooptar y transmitir el mando a nuevas generaciones de políticos. El papel inicial de Díaz como la "personalidad indispensable" para la reconciliación nacional se perpetuó hasta el final y lo mismo ocurrió con muchos de sus ministros y gobernadores. Cuando al iniciarse el siglo XX la avanzada edad del presidente hizo prever a sus colaboradores la necesidad de pensar en su sucesión, ocurrió una división dentro de la élite (en parte fomentada por el propio Díaz para continuar manteniendo las riendas del poder). De un lado estaba el general Bernardo Reyes y una buena parte del ejército y del otro el secretario de Hacienda, el aristocrático José Ives Limantour. La clásica división de la élite gobernante que ha precedido a toda revolución moderna fue aprovechada por elementos del incipiente pero estratégicamente medio, que se habían visto sistemáticamente marginados de la actividad política por la gerontocracia porfirista. Se trataba de periodistas, abogados que pensosamente trataban de salir adelante, maestros, estudiantes universitarios e incluso ciertos miembros jóvenes de la élite económica que deseaban ser tenidos en cuenta e introducir innovaciones más o menos importantes en el sistema heredado de sus mayores. Fue precisamente de este último sector que surgió el primer líder revolucionario: Francisco I. Madero. Tras negociar infructuosamente con Díaz la posibilidad de que se le ofreciera a su grupo la vicepresidencia, inició una campaña como candidato presidencial independiente pero esta terminó con su arresto en la ciudad de San Luis Potosí: habiendo logrado escapar cruzó la frontera y lanzó desde los Estados Unidos el llamado a la revolución.

2. La lucha armada: Madero y sus seguidores, la mayoría militares del llamado Partido Liberal, se pusieron en contacto con sectores populares del norte de México: una sociedad tradicionalmente desarraigada y en afeverescencia. Francisco Villa jefe de una gavilla de bandoleros y Pascual Orozco, un pequeño comerciante, reclutaron gente entre vaqueros, mineros y campesinos y dieron a la naciente revolución sus primeras victorias. En el sur, y por razones muy distintas (se trataba de una lucha desesperada por proteger las tierras de las comunidades campesinas del estado de Morelos de la voracidad de las modernas haciendas azucareras), se ini-

ció otro levantamiento que terminaría por encabezarlo por un ranchero: Emiliano Zapata. La rebelión cundió rápidamente por toda la república. En mayo de 1911 Orozco y Villa tomaron Ciudad Juárez, Chihuahua, y el 21 de ese mes se firmaron los acuerdos que llevan el nombre de esa ciudad, en virtud de los cuales Díaz dejaba el poder, salía rumbo al exilio y se formaba un gobierno provisional encabezado por Francisco León de la Barra, este gobierno llamaría a elecciones y cedería el mando al triunfador de las mismas. Díaz dejó el poder con su ejército casi intacto; deseaba evitar que la guerra civil se propagara y pusiera en entredicho las estructuras que sus tres décadas de gobierno había fortalecido; su caída podría provocar la intervención americana directa.

Madero inició en 1911 una segunda campaña presidencial que le llevaría a una victoria electoral contundente. Pero pese a ello los temores de Díaz se materializaron. Madero trató de conservar el *status quo* en la administración, el ejército y dentro del sistema económico, pero sus antiguos aliados demandaban cambios en todos estos niveles... y rápido. Las defecciones no tardaron en producirse, entre los primeros políticos maderistas que rompieron con su líder destacaron los hermanos Vásquez Gómez —uno de ellos había figurado como candidato maderista a la vicepresidencia— y entre los líderes militares, Orozco en el norte y Zapata en el sur. Pero el antiguo grupo hegemónico tampoco estaba satisfecho con la nueva situación. A los norteamericanos les molestaba la incapacidad de Madero para restaurar el orden, así como ciertas medidas impositivas a la naciente industria petrolera o el mayor control sobre los ferrocarriles; a los terratenientes les molestaba la idea de una posible reforma agraria y al ejército el tener que recibir a algunos de los recién llegados así como combatir contra algunas de sus figuras más connotadas como los generales Bernardo Reyes o Félix Díaz, que se sublevaron contra Madero. En febrero de 1913 estalló una rebelión militar en la propia ciudad de México; al aclararse el panorama tras diez días de combates, el presidente Madero era prisionero de sus propios generales, encabezados por Victoriano Huerta, quienes contaban con el pleno apoyo del embajador norteamericano. El antiguo ejército porfirista recuperaba el poder y pocos días después asesinaba a Madero y al vicepresidente.

Aquellos que originalmente apoyaron a Madero y le siguieron durante los días de lucha y

después en el gobierno no renunciaron tan fácilmente a las posibilidades de cambio. Desde el norte, y abasteciéndose de armas en Estados Unidos, empezaron a combatir a Huerta. Lo mismo hizo Zapata en el sur. Un cambio en la política norteamericana, que puso a Woodrow Wilson al frente de la presidencia, le quitó a Huerta el apoyo de Washington. Los ejércitos revolucionarios empezaron a avanzar hacia la capital. Al frente venía Venustiano Carranza, gobernador maderista de Coahuila. Su ejército se dividió en tres grandes columnas al mando de los generales Francisco Villa, Alvaro Obregón y Pablo González. En 1914, Huerta, tras serios reveses militares, abandonó el país y todo el ejército del antiguo régimen fue disuelto. Pero la paz no llegó; los vencedores se dividieron por razones de dominio político a la vez que por motivos más profundos, que involucraban la naturaleza misma del proyecto nacional y la lucha se reinició; Zapata demandó una reforma agraria radical e inmediata a lo cual no consintió Carranza. Villa, por su parte, no estaba dispuesto a dejar el futuro político del país en manos de Carranza y del grupo de civiles que le rodeaba, aunque no llegó a presentar un verdadero proyecto alternativo al del carrancismo, que sólo deseaba reformas políticas. De 1914 a 1916 la lucha civil continuó, Alvaro Obregón se destacó como el general más brillante y dio el triunfo final a Carranza, pero no sin que antes éste tuviera que comprometerse a hacer una reforma agraria, apoyar los derechos del naciente movimiento obrero e incorporar ambas políticas en una nueva constitución. Esta se redactó en 1916 y se aprobó en la Convención de Querétaro el 5 de febrero de 1917. El artículo 27 legitimaba la futura reforma agraria a la vez que sugería la nacionalización del petróleo, y el artículo 123 presentó uno de los códigos laborales más avanzados de la época.

3. Consolidación del nuevo régimen: A partir de 1917, y con Carranza como presidente, se empezaron a

poner en marcha las reformas constitucionales, pero de manera lenta y ambigua. Por un lado, Carranza nunca estuvo comprometido con el cambio radical, él mismo pertenecía al grupo terrateniente, y por el otro, la presión de Washington contra toda medida expropiatoria —ya fuera de la tierra o del subsuelo— fue insostenible. En 1914, los norteamericanos habían invadido el puerto de Veracruz para presionar a

Huerta a abandonar el poder, en 1916 habían enviado una expedición al norte del país para capturar a Villa (que después de ser derrotado, se había dedicado a incursionar en el país vecino), y la presión militar se podía repetir una vez más si los mexicanos continuaban tratando de modificar el sistema de propiedad de manera retroactiva.

En 1920 —a punto de concluir su período presidencial— Carranza fue derrocado después de un levantamiento militar encabezado por Obregón. Sería esta la última rebelión que triunfaría en México y esto se debió en buena medida a un error de Carranza: quiso imponer como su sucesor a un oscuro abogado —su embajador en Washington— haciendo a un lado a Obregón. Obregón fue electo presidente tras un breve interinato de su colaborador, Adolfo de la Huerta, y en 1924 entregó el poder a otro miembro de su grupo: el general Plutarco Elías Calles, quien terminó su período en 1928. Poco a poco la nueva élite política iba consolidando su poder y centralizando la autoridad. Los innumerables "hombres fuertes" locales que surgieron durante los años de la lucha civil se vieron controlados paulatinamente, ya fuese a través de prebendas y favores políticos, ya mediante el uso de la fuerza. Obregón pretendió reelegirse en 1928 (violando uno de los postulados básicos del movimiento revolucionario) pero fue asesinado poco antes de que asumiera el poder por un católico militante. Obregón y Calles habían sostenido una larga pugna contra la Iglesia, a veces callada, a veces violenta, como fue el caso en 1926 cuando estalló la llamada Guerra cristera, que se convirtió en una verdadera rebelión campesina, muestra del descontento popular en ciertas regiones del país ante los abusos de las nuevas autoridades y su poco espíritu revolucionario.

Muerto Obregón, la élite revolucionaria se dividió nuevamente; por un lado estaban los partidarios del líder desaparecido que veían frustradas sus esperanzas de ocupar los cargos políticos y administrativos que creían ya al alcance de la mano, y los callistas por el otro. Para evitar que la división se ahondara, Calles explícitamente se negó a permanecer en el poder, pero la verdad fue que desde fines de 1928 hasta principios de 1935 él fue el poder tras el trono: el "Jefe Máximo" de la revolución que nombra y quita presidentes, ministros y gobernadores. Para ello creó en 1929 un gran partido: el Partido Nacional Revolucionario (PNR) en el que agrupó a casi todos los partidos

y líderes locales. El ejército continuó siendo la base de poder pero el régimen se vio también apoyado por las organizaciones obreras —principalmente la CROM— y las agrupaciones agrarias locales. La reforma agraria iba marchando, pero muy lentamente. Entre 1915 y 1934 se habían repartido únicamente 7,5 millones de hectáreas: la hacienda segúa dominando la economía rural.

4. La reforma: En 1933, el PNR designó como su candidato al general de división Lázaro Cárdenas del Río. Cárdenas tenía en ese momento un cierto prestigio como líder comprometido con la reforma agraria y con el apoyo a las demandas obreras. Como el PNR no tenía, ni permitía, ninguna oposición efectiva, Cárdenas fue electo presidente en 1934 y el 1 de diciembre asumió el poder. De inmediato se enfrentó a Calles y a su grupo. Contando con la lealtad de ciertos comandantes de las jefaturas militantes —él mismo había sido secretario de la Guerra antes de ser designado candidato del PNR— y con el apoyo de los grupos más importantes del movimiento obrero organizado más algunos caciques locales, expulsó a Calles del país. En ese momento, mediados de 1935, la reforma agraria se intensificó y se organizó a todos los beneficios con ella en la Confederación Nacional Campesina (CNC): el número de huelgas incrementó notablemente con el apoyo oficial a las demandas obreras a la vez que se formó la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM). El poder de Cárdenas en ese momento era indudable. Entonces el presidente se lanzó contra los enclaves económicos tradicionalmente dominados por el capital extranjero; tras un año de conflicto, el 18 de marzo de 1938, se decretó la nacionalización de la industria petrolera, que estaba básicamente bajo el control de empresas norteamericanas e inglesas. Cuando Cárdenas dejó el poder en 1940 se habían repartido más de 25 millones de hectáreas, la mitad de la tierra cultivable en México estaba en manos de los ejidatarios: la hacienda había perdido su posición dominante. La inversión externa directa había disminuido de los 1.700 millones de dólares al final del porfiriato a sólo 400, la mayoría localizados en la minería. En el campo político, el partido oficial, el PNER convertido en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), había incorporado con buen éxito en sus sectores medios; eran actores que el antiguo régimen había ignorado y que ahora encontraban un lugar bajo

el cielo político; la no reelección del poder ejecutivo federal y estatal no respetó escrupulosamente y la disciplina de los miembros del PRM a las directivas centrales fue notable. La renovación del grupo gobernante revolucionario contrastó notablemente con la inmovilidad del porfiriato.

Cárdenas había deseado establecer un modelo de desarrollo basado en la comunidad ejidal comunal, a la cual estaría subordinada una industria básicamente de carácter cooperativo, pero los obstáculos internos y externos que encontró el proyecto fueron muy grandes, particularmente a raíz de la crisis económica posterior a la expropiación petrolera de marzo de 1938. Sus sucesores hicieron a un lado este esquema *sui generis* y lanzaron a México por el camino de una rápida industrialización basada en la sustitución de importaciones. A partir de 1941 la nueva élite dio prioridad al crecimiento económico sobre el cambio social. Su proyecto se vio favorecido por la gran estabilidad política que dio al país las transformaciones de toda índole propiciadas por la Revolución Mexicana de 1910. Por más de tres décadas, la estabilidad mexicana contrastó notablemente con la crisis de diversa índole que se presentaron en el resto de América Latina.

Véase: REVOLUCION, REVOLUCION AGRARIA.

Lorenzo Meyer

Riqueza

- 1. Etimología:** De *rico*, derivado, a su vez, del germ. *rikja*.
- 2. Acepciones usuales:**
 1. Abundancia de bienes y cosas preciosas.
 2. Copia de cualidades o atributos excelentes.

Henry Pratt Fairchild en el *Diccionario de Sociología* (Fondo de Cultura Económica, México, 1960) señala, a su vez, las siguientes acepciones: "1. En relación con la propia conservación, son riqueza los conceptos materiales, externos a su cuerpo, que poseen los seres humanos. 2. Posesiones materiales de importancia considerable. 3. Abundancia; grandes acumulaciones de objetos valiosos."
- 3. Aceptación científica:** El concepto de riqueza ha sido considerado por Irving Fisher en su *The Nature of Capi-*